

La pintura de Clemencia Echeverri

Encontramos dos vertientes opuestas que se integran en las pinturas que actualmente expone Clemencia Echeverri en la Galería La Oficina.

Estas son: fuerza pasional con rasgos violentos y angustiados y la segunda, un manejo reposado y sereno del color. Características estas que conciliadas constituyen la fuente del equilibrio que se capta y se siente frente a esta obra.

Hay pasión en el afán de tratar la figura porque se aprecia empeño en romper los cánones convencionales sin estar dispuesto por ello a perder la figura.

Una ambivalencia que dota e impregna de vigor a los volúmenes que se destacan en la profundidad lograda por el hábil tratamiento del color. Es una valiente incursión hacia una expresión plástica ajena al realismo y al abstracto que emplea un lenguaje que se interpone entre lo real y lo irreal supeditado, manejado y resuelto por la sensibilidad.

Es repovadora esta concepción porque permite entrever que hay búsqueda y no hay temores y menos, condicionamientos, lo cual indiscutiblemente es valioso cuando precisamente nos movemos, y respiramos un momento artístico en la ciudad, propicio para condenser. Hay público gratuito y listo para el paisaje, para los juegos de colores, para los esfuerzos decorativos y fáciles. En otras palabras, es enorme el potencial de personas ávidas de las obras recreativas. En cambio es más difícil encontrar público para participar con él del lenguaje del arte, para compartir.

También descubrimos dominio técnico en la aplicación de colores profundos en velos transparentes que implican compromiso en la situación contemplativa y empeño en la profundidad. Es

un color que está más doblegado al ambiente y a la atmósfera de cada obra, que a la forma.

Aunque resulte extraño y paradójico mencionarlo, además de subjetivo, nos encontramos en las pinturas de Clemencia Echeverri, con un propósito suyo inicial o quizás con un resultado final porque al fin de cuentas desconocemos la inspiración previa. Este propósito o resultado se desprende del manejo del trazo hasta conformar agrupaciones de contornos mezcladas; figuras interpuestas tratadas en ángulos diferentes que asaltan al espectador.

Es un impacto de ramilletes donde las flores son reemplazadas por siluetas o por naturalezas muertas eludiendo la sensación de estática y logrando un dinamismo interno. Masas donde prevalece el todo por la misma dinámica de las partes sin que implique la subordinación de éstas. Son siluetas despersonalizadas, más invocaciones que sombras, cargadas de reminiscencias que las hacen más humanas y representativas del grupo.

Es el grotesco sublime, cálido, amable mediatizado por los recursos expresivos claros, por el juego limpio. No hay rebuscamientos. Es una hábil conjugación de fuerzas opuestas y antagónicas. Todo brindado al espectador sin choques y sin desbordamientos, con dominio y control. Otra solución que refuerza la sensación de equilibrio que se percibe.

Todo ello además rodeado de esa profundidad de esa atmósfera que ya mencionamos donde parece ilusoria la primera imagen que se percibe, por el vigor que cobran el ritmo de las líneas. Es un estilo lleno de movimiento. Es entonces cuando aparecen los sujetos

reminiscentes y es cuando dan validez al mensaje.

Esta acertada dosificación de la forma, más insinuada que latente, la movilidad impalpable pero sentida, el control seguro y firme en la utilización de cada color son razones que nos lle-

van a positivas apreciaciones.

Concluimos que en esta muestra hay sensibilidad y hay promesas para una trayectoria amplia y llena de posibilidades que es del caso seguir con atención.

